Valbuena, Antonio de

José Zorrilla



CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS.-III

J. ZORRILLA

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

Edición ilustrada
con el retrato y un autógrafo del biografiado.



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carr. de San Jerónimo, núm. 2

1889

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

III

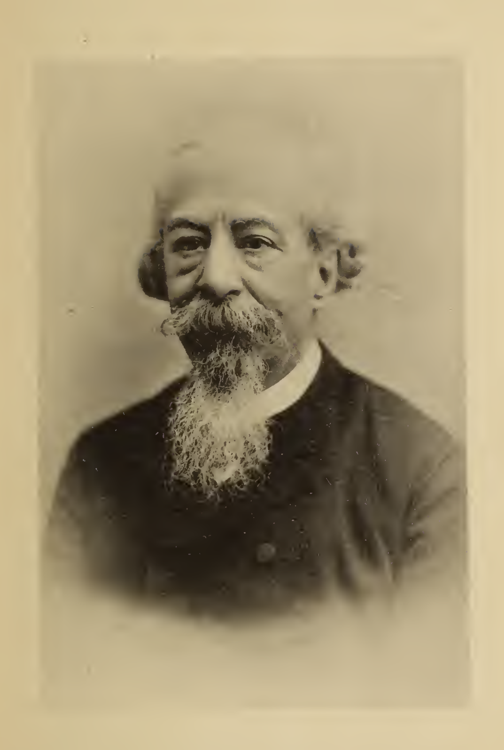
JOSÉ ZORRILLA

Mas Dios marcó mis horas; mi alma que está álerta
tras mí la muerte siente, mi tumba está ya abierta
mis fuerzas aniquila la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su cerrazon incierta,
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estais mi voz oyendo por la postrera vez

José Zorrilla

(Madrid - mayo 30 - 89)

Fragmento de la última poesía Á GRANADA, escrita por el Sr. Zorrilla para leerla en el acto de su coronación.



José Zorrilla

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

José Zorrilla

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

ANTONIO DE VALBUENA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
EST. TIP. DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4
1889



JOSÉ ZORRILLA

Por el lado de la celebridad á nadie se le ocurrirá poner en duda su derecho de ocupar en esta galería puesto preeminente. Ahora, por lo que toca á la otra condición, la de contemporáneo, puede ser que haya quien se la dispute.

¿Cómo ha de ser contemporáneo nuestro — dirá quizás alguno — el poeta que hace ya medio siglo que subió á la cumbre de la fama? ¿Cómo puede ser una celebridad de nuestros días el poeta que estaba ya ensordecido de aplausos y abrumado de laureles, cuando todavía no habíamos nacido la mayor parte de los que ahora cultivamos las letras? ¿Dónde están ya los verdaderos contemporáneos de Zorrilla, sus compañeros de trabajos y de glorias, los demás poetas y literatos que alcanzaron celebridad en la época del romanticismo?

Verdad es que faltan casi todos. Cuarenta y sie-

te años hace ya que murió Espronceda, su amigo del alma, gran poeta como él, aunque extraviado; de entonación acaso un poco más enérgica, pero menos lujoso, menos florido, menos rico en imágenes, menos fecundo, menos espontáneo. Murieron igualmente los poetas menores, el autor de *El Trovador*, el de *Don Alvaro*, el de *Los amantes de Teruel*, el de *El pelo de la dehesa*, el de *El hombre de mundo;* murieron los literatos Martínez de la Rosa, Gallego, y Gil y Zárate; murieron los escritores satíricos *El Curioso Parlante* y *Fray Gerundio;* murieron los filósofos Donoso Cortés y Balmes... ¿Qué tenemos ya que ver con aquella época de prosperidad literaria?

Sin embargo, Zorrilla vive todavía entre nosotros; Dios le ha concedido la prolongación de sus días, *longitudinem dierum*, prometida en la Sagrada Escritura á los hombres de recto corazón, y el que sea anciano y el que brillara en el mundo literario hace medio siglo no es razón para negarle justos y legítimos honores, sino para dar gracias á Dios que nos le conserva.

Me acuerdo, como si fuera ahora, de la primera vez que oí hablar de Zorrilla. Era yo un rapaz de muy pocos años; uno de los catedráticos del colegio, encareciendo la necesidad de no contrariar las vocaciones y las aptitudes de los niños para que lleguen á ser personas de provecho en el mun-

do, nos decía una tarde: «Ahí tenemos al célebre poeta Zorrilla, que, siendo estudiante de leyes, andaba apurado para ganar curso; pero se dedicó de lleno á componer versos, que era su afición favorita, y hoy es el poeta que hace eco en el siglo. Pues que componga versos...» En cuanto salí del colegio á las primeras vacaciones, me puse á buscar en la librería de mi casa versos de Zorrilla; encontré los *Cantos del Trovador*, las *Vigilias del estío* y la *Corona poética de la Virgen;* pero los dos primeros libros me los quitaron, apenas había leído un poco de *Margarita la Tornera*, porque no me convenía entonces su lectura, dejándome solamente el poema de María, cuya introducción y primeros cantos me supieron á gloria. Vuelto al colegio, me asocié con un condiscípulo de iguales aficiones, junté á los suyos mis pobres ahorros de colegial y entre los dos pedimos á Madrid las obras de Zorrilla, recibiendo á los pocos días los tres preciosos tomos de la edición de París, que leímos, ó por mejor decir, devoramos, á escondidas de los superiores, con inefable placer del alma. Desde entonces tengo á este poeta profundo cariño. El fué quien despertó mis aficiones literarias y me formó el gusto.

Después, también me acuerdo de la primera vez que ví á Zorrilla. Hará veintidós años; era yo recién venido de mi país á estudiar Derecho, y él,

recién venido de América; le encontré en la calle del Príncipe, y tuve que hacerme fuerza para no dejarme llevar del primer impulso de darle un abrazo aunque me tuviera por loco.

—Mira, ese es Zorrilla—le dije á otro estudiante que me acompañaba.

—Le conoces, ¿eh?

—Sí, muchísimo...; es decir, no le había visto nunca hasta ahora, pero he visto el retrato que va al frente de sus poesías, y estoy seguro de que es él.

Cualquiera en mi lugar se hubiera hecho presentar á Zorrilla al día siguiente; pero no vino la ocasión rodada, y, queriendo yo mucho á Zorrilla, he estado más de veinte años encontrándole en la calle y contentándome con saludarle sólo de intención, aunque, eso sí, con grande y verdadero afecto.

Hace cinco ó seis meses, el editor que tenía en proyecto esta colección de folletos crítico-biográficos, me pidió uno dejándome elegir la víctima. Elegí á Zorrilla, por supuesto, y pareciéndome que era ya una necesidad entrar en relaciones con él, le escribí á Valladolid, donde yo creía que estaba, diciéndole quién era, recomendándome á su benevolencia por haber sido muy devoto suyo desde niño, y pidiéndole por encargo del editor una fotografía y un autógrafo. Había venido él pocos días antes á Madrid á donde le volvieron mi carta.

y me contestó por el correo interior con otra que conservo como una reliquia, concediéndome todo lo que le había pedido.

«Pues ¿no he de tener noticias de usted?—me decía.—¡Y vaya si las tengo! dobles, como Valbuena y como *Escalada*. Aunque viejo y arrinconado y encuevado como un lagarto entre las piedras de una vetusta ciudad de provincia, aun saco algunos días el hocico al sol y echo un ojo á lo que pasa por España... Sólo falta que nos veamos...»

Fuí á verle: duró la visita más de hora y media, porque yo no acertaba á marcharme; le oía encantado, y orgulloso de no tener que rectificar nada. Era el mismo Zorrilla que yo tenía en la imaginación desde muchacho. Rodando la conversación y contándome peripecias de su vida, me dijo una vez: «Como yo he visto siempre á Dios en todas partes...» Era el mismo: el poeta creyente que había dicho de Dios que está en todo, que lo ve todo,

Y cosa no hay por elevada ú honda
Que á su mirada universal se esconda.

Era el mismo; el poeta español, el poeta tradicional, el poeta cristiano que yo había conocido y tratado íntimamente en sus obras.

Nació en Valladolid el día 21 de febrero del año 1817, y fueron sus padres D. José Zorrilla y doña

Nicomedes Moral. Pasó los diez primeros años de su vida en Valladolid, en Burgos y en Sevilla, donde su padre, dignísimo magistrado, muy adicto al antiguo régimen, desempeñó sucesivamente cargos de importancia. Después llegó á ser alcalde de Casa y Corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, pues era, según dice un biógrafo de su hijo, «uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de España conservaban en su seno el espíritu recto y la valerosa fortaleza que la razón de la ley infunde en los ánimos nobles».

En 1827, habiéndose trasladado de Sevilla á Madrid los padres de Zorrilla, entró éste en el Seminario de nobles, establecido por los padres jesuítas en el edificio de la calle del Duque de Alba que es hoy cuartel de la guardia civil, y trasladado después al que es hoy Hospital militar en la calle de la Princesa. «Halléme yo allí—dice él en una carta—condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior á la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media. Mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, había por sus estudios llegado á un honroso puesto en la alta magistratura».

En una de sus composiciones festivas recuerda Zorrilla la educación recibida en el Seminario de

nobles, así como su falta de aplicación á los estudios serios, cuando dice:

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
Y eso que allá los padres jesuítas
Me avivaron un tanto las potencias;
Mas yo, dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las musas. Mujeres y bonitas
Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y á fe que sus cariños me valieron
Inútiles mas *sendos* (1) sermonazos.

Efectivamente, en el Seminario de nobles comenzó ya Zorrilla á descuidar los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, aplicándose al dibujo y á las bellas artes, leyendo á escondidas á Walter Scott, á Fenimore Cooper y á Chateaubriand, y «cometiendo á los doce años—son sus palabras—su primer delito de escribir versos». Se los alabaron los jesuítas y fomentaron su inclinación; los recitaba él en tono declamatorio imitando á los actores del teatro del Príncipe, donde iba alguna noche con su padre, que como alcalde de Casa y Corte presidía; se hizo célebre en los exá-

(1) No está bien aplicado aquí este adjetivo. El mismo Zorrilla le aplica en su verdadero sentido en *El Capitán Montoya*, cuando dice:

Calados anchos sombreros,
En *sendas* capas ocultos...

menes y actos públicos del Seminario y llegó á ser galán en un escenario donde representaban comedias del teatro antiguo arregladas por los maestros.

En 1832, víctima el padre de Zorrilla de las iras revolucionarias, declarado cesante para que ocupase su lugar algún vocinglero sin conciencia, y desterrado de Madrid y sitios Reales á mayor abundamiento, se retiró á un pueblo de Castilla la Vieja y allí le siguió el hijo al año siguiente dejando el Seminario.

Después... el mismo Zorrilla nos va á contar lo que sucedió:

... Un día
De mi paterno hogar ante la brasa
Mustia, que chispa á chispa se extinguía
De la desgracia al soplo, reunidos
Los solos cuatro seres bien queridos
De mi familia estábamos. Mi madre,
Alma llena de amor y de ternura,
Para quien todo el mundo se encerraba
En mi profundo amor y el de mi padre.
Débil mujer, mas tipo de hermosura
Española; ojos negros, tersa frente,
Suave acento, sonrisa cariñosa,
Tez pálida, morena y trasparente,
Aguileña nariz, breve cintura,
Casta y noble expresión, corta estatura,
Y coronada, en fin, de fabulosa,
Negra, riza y sedosa cabellera
Que envolvía sus hombros abundosa,
Y la media, en pie, la talla entera.

Frente de ella, mi padre, magistrado
Recto, conocedor de los secretos
Del turbulento y anterior reinado
Que de espirar entonces acababa
Con la vida de un rey y que dejaba
Los españoles ánimos inquietos,
En sombrío silencio meditaba.
A su lado un severo sacerdote,
Hermano de mi madre, amontonaba
Los extraviados palos del manojo
Que ardía en el hogar. Y en medio de ellos,
Su silencio y tristeza con enojo
Viendo y con inquietud, yo, casi niño,
La moribunda llama contemplaba,
Teniendo asida con filial cariño
La mano que mi madre me alargaba...
Era noviembre: el sol en el ocaso
Doraba con sus rayos postrimeros
El cielo de Castilla frío y raso;
El viento del otoño de sus galas
Despojando la olmeda, cual plumeros
De militares cascos, sacudía
Con furia de los árboles las copas;
Y de su soplo ronco entre las alas,
Que el hielo del invierno nos traía,
La tempestad política venía.
En la empedrada calle oyóse á poco
El trote de un caballo;
Sonoro el eco del herrado callo
De aquel bridón que estrepitoso llega,
Resonó en el portal de nuestra casa...
Cual por impulso eléctrico impelidos,
Todos cuatro á la par abandonamos
Nuestro abrigado asiento,
Y á la escalera y al balcón, movidos
Por el interno afán nos asomamos.
Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo

El valor más sin tacha (¡todavía
Me parece que le oigo y que le veo!)
Con voz serena y corazón tranquilo
Dijo: «No os azoréis; es mi correo.»
  Era en efecto el nuestro que venia
De la ciudad cercana. Rompió el sobre
De las cartas mi padre; leyó en calma
Las nuevas de la corte que le envía
Un amigo leal, mientras el alma
De mi angustiada madre
Que por leer también se le aproxima,
Con afanosa incertidumbre lucha;
Y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
Dijo: «Ya está la tempestad encima.»

La tempestad que estaba encima era la guerra civil llamada de los siete años, que estalló inmediatamente después de la muerte de Fernando VII, gracias al testamento inícuo que le inspiraron su mujer y su cuñada, y á la criminal codicia de los liberales, dispuestos á agarrarse de cualquier cosa para apoderarse de los destinos de la nación, robar á la Iglesia y enriquecerse. Esta es la realidad que se escondía, y aun hoy se esconde, debajo de las frases pomposas de *libertad política*, *derechos del pueblo*, *igualdad ante la ley* y demás zarandajas liberales.

Encendida la guerra civil, durante la cual, por su adhesión inquebrantable á la causa de la religión y del derecho, y por los eminentes servicios que á esta misma causa había prestado antes, hubo

de sufrir mucho, el antiguo alcalde de Casa y Corte se trasladó á Lerma y desde allí envió á su hijo á estudiar leyes á la Universidad de Toledo, donde siguiendo éste sus costumbres del Seminario se dió á buscar antigüedades, á dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando, los puentes del Tajo, á correr encantado por aquellas calles moriscas, á visitar las mezquitas convertidas en templos, á admirar los primores de la Catedral y de San Juan de los Reyes, á aprender las leyendas de la Torre de D. Rodrigo, del Palacio de Galiana y del Cristo de la Vega, á todo, menos á estudiar derecho romano.

Apesar de todo ganó curso; pero más debió ser por indulgencia que por justicia. Lo cierto es que el prebendado de Toledo, tío suyo, en cuya casa vivía, y á cuya vigilancia le había encomendado su padre, escribió á éste, dándole muy malos informes.

Por virtud de ellos no le volvió á enviar su padre á Toledo para el curso siguiente, sino á Valladolid, á que continuara la carrera, encargando de su vigilancia á un procurador de la Chancillería, y recomendándole á su amigo el rector de la Universidad D. Manuel de Tarancón, que fué Arzobispo de Sevilla más tarde.

No lo hizo mejor Zorrilla en Valladolid que en Toledo; continuó dándose á estudiar piedras, rui-

nas y tradiciones, se entretuvo leyendo los periódicos literarios que su amigo y antiguo condiscípulo D. Pedro Madrazo recibía de Madrid, siguió haciendo canciones, como decía su tío el de Toledo, y aquel año por primera vez logró ver impresos sus versos en *El Artista*, periódico ilustrado que dirigía el cuñado de Madrazo, D. Eugenio de Ochoa. Por todo lo cual, el procurador á quien su padre se le había encargado, escribió á éste en términos no más halagüeños que el canónigo, diciéndole que su hijo no era más que un holgazán vagabundo, que andaba por los cementerios á media noche como un vampiro, que se dejaba crecer el pelo como un cosaco y que era amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de su padre, en lo cual aludía á D. Miguel de los Santos Álvarez, hijo de un magistrado liberal poco amigo del padre de Zorrilla.

No podían menos de desagradarle al severo magistrado las noticias que el procurador le daba de su hijo, y aunque éste ganó curso también este año, siquiera fuese, como él confiesa, por favor del Sr. Tarancón, al enviarle por tercera vez á la Universidad, le dijo que si no se graduaba aquel año de Bachiller á claustro pleno, le enviaría á Torquemada á cavar las viñas. Sabía el joven que era su padre muy hombre para hacer lo que decía, pero como no se sentía con vocación á los estudios

serios, como el demonio de la poesía, según su frase, se había apoderado de él, y como no soñaba más que con ser poeta, con ver impresa una obra suya y con llegar á apretar la mano de amigos á Espronceda, á García Gutiérrez y á Hartzembusch, un día anunció resueltamente al rector y al encargado que él no estudiaba y que así se graduaría él aquel año á claustro pleno, como que volaran bueyes. Con este anuncio decidieron enviarle á Lerma.

«Metiéronme, dice él, en una galera á cargo del mayoral; pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba á serme muy agradable; y sin pensar ¡insensato! en la amargura en que iba á sumir á mi desterrada familia, en un descuído del conductor, eché á lomos de una yegua que por aquellos campos pastaba, y me volví á Valladolid por el valle de Esgueba, que era otro camino del que la galera había traído».

Tienen todos estos detalles que parecen pequeños, grande importancia en la biografía de este poeta, porque, con su amable y encantador subjetivismo, los refleja siempre en sus obras. Así, por ejemplo, en los *Cuentos de un loco* narra muy poéticamente esta escapatoria por los pinares, y por cierto que pintando el terror y el remordimiento de su conciencia, dice:

Cada rama que del viento
Una ráfaga movía,
Colosal me parecía
Brazo alzado contra mí.

¡Qué imagen más hermosa, dicho sea de paso, y más adecuada para expresar el estado de ánimo de un mozalvete que huye de la casa de sus padres! Se mueve una rama de noche en el monte, y le parece que es un brazo que va á agarrarle y á detenerle. Si la poesía es la expresión por medio de imágenes, esto es poesía. Y cuenta que de imágenes así tan hermosas está llena toda la narración, con ser ésta, de entre las obras de Zorrilla, una de las menos conocidas y menos importantes. Por donde se ve que la menor y más descuidada de sus obras bastaría para crear una reputación de poeta, que para sí la quisieran muchos.

Volviendo á la fuga, entró Zorrilla en Valladolid de noche, á caballo en su yegua, y al amanecer salía en una galera para Madrid, apeándose á los tres días en la calle de Alcalá y perdiéndose luego á la ventura por las calles de la corte, «huyendo, dice él, de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura».

Diez meses después, el 15 de febrero de 1837, aparece Zorrilla por primera vez en público y apa-

rece leyendo una poesía en el entierro de Larra que se había suicidado. Ya nos contará él cómo fué esto. No es que hubiera olvidado los sanos principios de su cristiana educación hasta el extremo de ponerse á celebrar un suicidio: no es que tomara parte en la borrachera revolucionaria que por primera vez profanaba públicamente con el cadáver de un suicida el cementerio católico. No; escribió aquellos versos á ruego de otra persona y á condición de que esta otra persona los había de firmar si se publicaban. Después, por sorpresa, se vió obligado á leerlos él, y se supo que eran suyos, y le sirvieron ciertamente para darse á conocer y abrirse camino, si bien hay que convenir en que sin ellos y sin la escena del entierro que le fué propicia, hubiera llegado lo mismo á ser conocido y admirado. De todos modos es indudable que le remordía la conciencia de haber comenzado tan mal, y por eso se arrepintió y quiso hacer público su arrepentimiento, como lo había sido su pecado, escribiendo al principio de su libro *Recuerdos y Fantasías* esta estrofa:

> Broté como una hierba corrompida
> Al borde de la tumba de un malvado,
> Y mi primer cantar fué á un suicida:
> ¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

En los diez meses que siguieron á su llegada á

Madrid pasó el fugitivo poeta mil penalidades, careciendo de recursos, y teniendo que esconderse y huir de los únicos que podían protegerle, de los amigos de su familia, porque no le hicieran volver al domicilio abandonado. Assas, el arqueólogo, y el poeta Salas y Quiroga, dice él que le hicieron ganar algunos reales publicándole dibujos y artículos. Entró á escribir en un periódico que sólo duró dos meses, al cabo de los cuales la policía, de orden del gobernador de las tres ppp, D. Pío Pita Pizarro, buscó á sus redactores para hacerles viajar gratis á Filipinas. Zorrilla vió entrar la policía y se descolgó por un balcón que daba al patio de la casa vecina, de la que salió sin novedad, y, escurriéndose por pasadizos y callejuelas, llegó á la calle de la Esgrima donde se encontró de manos á boca con un gitano á quien dos años antes había salvado la vida cerca de Aranda, obteniendo su perdón del jefe de una partida carlista que le iba á fusilar por espía del enemigo. Le conoció el gitano, y en cuanto se enteró de su situación comprometida le llevó á su albergue, le trenzó las melenas, le embetunó el rostro, le puso calzones y chaqueta de pana y sombrero ancho y faja más ancha todavía, y le sacó de Madrid, como un gitano más, por el puente de Toledo. ¡Haz bien y no cates á quien, dice el adagio!

A los diez días, pasado aquel peligro, por el cam-

bio de situación que produjo el motín en que tuvo desastrosa muerte el general Quesada, volvió á entrar Zorrilla en Madrid por la puerta de Toledo, ya destrenzado y desteñido, y volvió á andar al salto de mata, como él dice, pasando la noche en el cuartucho de un cestero que había sido conserje de la redacción del malhadado periódico, y el día en la Biblioteca Nacional, las horas que estaba abierta, y las que no, vagando por las calles con su amigo Miguel de los Santos Álvarez, el autor de un poemita impío y obsceno, titulado *María*, que Espronceda salvó del olvido encabezando con una de sus impiedades el segundo canto de *El Diablo Mundo*.

En la Biblioteca fué donde un italiano llamado Joaquín Massard, que estaba al servicio del infante D. Sebastián y conocía á Zorrilla por los Madrazos, le dió un día la noticia de que Larra se había suicidado la tarde anterior, y llevándole á ver el cadáver á la bóveda de Santiago, le dijo luego que sabía por Pedro Madrazo que hacía versos, y que si quería hacer unos á Larra, él los haría insertar en un periódico y acaso podrían valer algo.

No le sedujo á Zorrilla la proposición, y bien se comprende. Dos afanes tenía entonces Zorrilla; dos pensamientos engendraban y encendían su deseo de ser poeta y de adquirir fama; el pensamiento de contentar á su padre, cuyo justo enojo se proponía

ahogar debajo de una montaña de laureles, y el de agradar á una joven de quien estaba enamorado y á quien había pedido el plazo de un año para trabajar y hacerse hombre. Desde luego se le ocurrió que no le podía valer gran cosa para con su padre ni para con su amada el escribir versos á un mal cristiano, liberal y por contera suicida, y por eso, no queriendo desairar del todo á Massard, le dijo que haría los versos para que él los firmara. Quedó así convenido. Zorrilla se fué aquella noche como todas al cuchitril del cestero, donde no se sabía lo que era papel ni tinta ni pluma; pero había unas mimbres en tinte azul, llevaba él en el bolsillo la cartera de un capitán condiscípulo suyo con la que por casualidad se había quedado, y aguzando una mimbre y mojando la punta en el tinte, á la luz de una vela que había comprado á prevención, trazó en la cartera del capitán los versos á Larra, bien ajeno ciertamente de que iban á tener la resonancia que tuvieron. A la mañana siguiente los copió de pluma en el domicilio de Álvarez, y se fué á entregárselos á Massard según lo tratado.

Por la tarde era el entierro de Larra al que no quería faltar Zorrilla porque sabía que iban todos los poetas y escritores á quien tanto deseaba conocer (menos Espronceda que estaba enfermo), y retejándose como pudo con un gabán de Salas y otras prendas de otros amigos, se fué á la iglesia de San-

tiago, y de allí con toda la comitiva al cementerio. Cuando llegaron, el actual marqués de Molins, que aun no lo era y que ejercía entonces de descreído y de revolucionario, hizo un fervoroso elogio fúnebre de Larra, conmoviendo profundamente al auditorio que, á la verdad, debía de estar muy dispuesto á conmoverse. Algunos poetas leyeron versos que mantuvieron la tensión en el público; y cuando ya iba á darse por terminado el acto, se adelantó Massard hacia los directores de la función diciéndoles que faltaban por leer unos versos, pero no atreviéndose á leerlos él con su acento extranjero, empujó á Zorrilla hasta fuera de la primera fila y, poniéndole la composición en las manos, le dejó solo. Todas las miradas se fijaron en aquel joven de larga cabellera, delgado y pálido y para todos completamente desconocido. Ya no había remedio; tenía que leer, y en medio de un silencio sepulcral dejó oir su voz juvenil, fresca y simpática, y dando á los versos una entonación sentimental hasta entonces desconocida, produjo una explosión de ternura y de sentimiento. A la mitad de la lectura se contagió él también del sentimiento de los demás y se le arrasaron los ojos en lágrimas, siendo necesario que el actual marqués de Molins, que estaba á su lado, le quitara la composición de la mano y acabara de leerla. Al final, el entusiasmo de la concurrencia no tuvo límite. Todos lloraban, todos sa-

ludaban al nuevo poeta con la admiración de que estaban poseídos, y todos, dice Pastor Díaz, testigo presencial, bendecían á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro.

Pero Zorrilla ya no oía ni se enteraba de nada. Desde que había tenido que llevarse el pañuelo á los ojos, su espíritu había volado, él lo dice, á llamar á las puertas de una casa de Lerma, y á los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos.

¡Pobre poeta! Ni en la casa de Lerma vivían ya sus padres, que perseguidos habían tenido que buscar refugio en el campo carlista, ni en la blanca alquería de entre los olmos estaba la mujer amada, que ya le había vendido. Y sin embargo, todavía algún tiempo después la creía él llorando desconsolada su ausencia, y escribía aquellas hermosas quintillas *Al Arlanza*, llenas de melancolía y de ternura, donde hablando con el río le dice:

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas...
Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano,
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas.

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura:
Mírala ¡oh río! al pasar;
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

. . . .

Mira ¡oh río! en caridad,
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad,
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.
Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, rio, la saluda
Que por la vega te escrudas.
Y no la dejes ¡oh rio!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío;
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.
¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena!
¡Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

. . . .

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla, Arlanza, el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.
Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

¡Río Arlanza, río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

El entierro de Larra cambió por completo y muy favorablemente la situación de Zorrilla. Aquel día por la mañana le había negado Segovia, á quien se presentó con recomendación verdadera, una plaza de redactor en *El Mundo;* y por la noche Donoso Cortés y Pastor Díaz creaban para él, en el nuevo periódico *El Porvenir*, una plaza retribuída.

Le sacó del cementerio González Bravo, que aún no soñaba en ser ministro, ó, aunque lo soñara, no había llegado á serlo, y haciéndole subir al coche de unos amigos le llevó con ellos á comer á la fonda de Genyes. De allí le llevó al café del Príncipe, donde encontró y saludó á Bretón, á Ventura de la Vega, á Gil Zárate, á Hartzembusch y á García Gutiérrez á quien ya había conocido por la tarde; y desde allí fué llevado á casa de Donoso Cortés, donde después de hacerle varias preguntas y de oirle recitar la composición *Á Venecia* y la oriental aquella del rubí

«partido por gala en dos»

que se ha hecho tan célebre, quedó encargado del folletín del nuevo periódico.

Poco tiempo después recibía una carta de Villal-

ta, el amigo de Espronceda y de Enrique Gil el tierno cantor de *La Violeta*, solicitándole para la redacción de *El Español*, con mucho mayor sueldo por ser periódico de suscrición mucho más numerosa. Se negó Zorrilla á esta solicitud por lealtad á Donoso Cortés y á Pastor Díaz, pero cuando estos lo supieron, le autorizaron, abrazándole cariñosamente, para pasar al periódico de Villalta. Llevóle éste una noche á ver á Espronceda, convaleciente de una larga enfermedad, recibióle Espronceda en su alcoba, se abrazaron, se tutearon á la media hora y quedaron hechos íntimos amigos, lo cual fué para Zorrilla el colmo de la felicidad, porque Espronceda era según él dice, el ídolo de sus creencias literarias.

En fin, que la nave de las esperanzas de Zorrilla iba viento en popa, y antes de hacer el año de la famosa tarde del 15 de febrero, publicaba su primer tomo de poesías precedidas de un prólogo de D. Nicomedes Pastor Díaz y encabezadas con la composición dedicada á Larra. «Está escrita esta producción con bastante sentimiento en algún trozo, dice el autor de la concienzuda biografía de Zorrilla que precede á sus obras en la edición de París, y no tiene nada de notable, á no ser una ligera muestra de una imaginación lozana y de una percepción todavía incorrecta». No valen mucho más la mayor parte de las del tomo, imita-

ciones del estilo de Calderón, de Víctor Hugo y de Lamartine, en las que abundan las imágenes inadecuadas y los afectos falsos; pero sin que falten tampoco en ninguna de ellas ciertos asomos del genio brillante, que poco después se había de revelar francamente en Zorrilla, haciendo de él el primer poeta del siglo. Así por ejemplo en la composición á un poeta, que comienza:

Dejame oir tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro...

predice con clara inspiración y profética valentía el conflicto social, entre los ricos encanallados por el apego á los goces materiales, y los pobres descristianizados por los sofistas:

Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mujeres,
De sus hijos olvidados.
«Vivamos hoy» se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.
Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Aquí está el poeta. Aquí le tenemos adelantándose á su edad y sintetizando en cuatro versos esculturales de grandiosa expresión, los pecados y los

castigos de una época desgraciada que aún no había llegado.

Más claramente todavía se manifiesta el poeta un poco más adelante, en la composición titulada *Indecisión*, donde dejándose ya por completo de buscar imágenes sorprendentes á lo Víctor Hugo y combinaciones Calderonianas de palabras, acierta con su cuerda, se entrega á su propia inspiración y exclama:

¡Bello es vivir! La vida es armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace,
Y la neblina que corona el monte
Y en el aire flotando se deshace.

. . . .

Y hay en el bosque gigantesca sombra
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya extensa y abrasada alfombra
Crece la palma como hierba oscura.
Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

. . . .

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira al mundo á nuestros pies tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.

No puede haber nada más bello ni más grandioso que esta pintura de la naturaleza. En lozanía,

en frescura, en animación y en color pasa los límites de lo imaginable. El poeta había dado con su manera propia de expresión, había encontrado su propio lenguaje, lujoso y florido como acaso no le tuvo jamás ningún poeta en ningún idioma: sólo le faltaba ya fijar el rumbo de su poesía, encontrar los asuntos más propios en que ejercitar su fecunda inspiración; y también en esto iba á ser afortunado.

O por mejor decir ya lo había sido, porque ya había tenido la fortuna de ser educado cristianamente por su piadosa madre, que desde niño le formó el corazón en el temor de Dios, y de no ver en su padre más que ejemplos de rectitud, de caballerosidad y de nobleza; y á estos nobles ejemplos y á aquella educación cristiana, debió sin duda el laudable propósito que hizo público al imprimir su segundo tomo de poesías, de ser poeta tradicional y poeta cristiano, de no consagrar su númen sino á la santa Religión de sus padres, y á las tradiciones de su Patria. ¡Oh, que tenemos siempre gran deuda con Dios y grave motivo para darle gracias constantemente, los que como Zorrilla hemos tenido padres nobles y santos!

En junio de 1838 publicaba Zorrilla su segundo tomo de poesías, encabezado con una dedicatoria á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz, en la cual, después de decir que

al publicar el tomo primero no había tenido otro fin que el de complacerles reuniendo á su instancia en una colección los versos que andaban esparcidos por varios periódicos, y que, escritos en diferentes circunstancias y bajo las impresiones del momento no obedecían á ningún pensamiento comun, añadía:

«Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la Patria en que nací y la Religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creido que mi religión encierra más poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid, á D. Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y á García de Paredes. Cristiano, creo que vale más nuestra MARÍA llorando, nuestra, severa semana Santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo, buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra Patria; y cristiano tengo por criminal olvidar nuestras creencias por las de otra religión, contra cuyos errores protestamos á cada paso.»

Esta noble manifestación hecha con toda forma-

lidad, en prosa, al principio de su carrera, la ha repetido Zorrilla muchas veces en sus versos, siempre con la misma formalidad, con el mismo valor, con el mismo entusiasmo. Ya es en la introducción á los *Cantos del Trovador*, donde dice:

¡Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religión profana!
Mi voz mi corazón mi poesía
La gloria cantan de la patria mía.

Ya es en la introducción á las *Vigilias del Estío*, donde dice:

¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impío* ni *extranjero*,
Que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo nací español.

Ya es en la introducción á la leyenda oriental de *Alhamar el Nazarita*, donde exclama:

Y he aquí porque cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y español, con fe y sin miedo
Canto mi religión, mi patria canto...

Y así en todas partes y en todas ocasiones declara Zorrilla que se propone ser poeta nacional ó poeta cristiano, que, cuando la nación es España, todo es uno.

Pero ¿«puede haber en España ahora una poesía nacional?—pregunta D. Ildefonso Ovejas, el autor de la concienzuda biografía crítica ya citada —¿cual sería su efecto? ¿qué cualidades distinti-

vas ha de tener?» Y del hecho que él asienta como inconcuso de que España no conserva ya ningún carácter propio que la distinga de los demás pueblos, deduce lógicamente que no podemos tener poesía nacional ahora. Mas como la premisa no es verdadera, ni el biógrafo ha podido llegar á ella, sino por otras afirmaciones y reflexiones que adolecen de inexactitud y de pesimismo, tampoco es verdadera la consecuencia. Yo no sé si el señor Obejas vivirá todavía: presumo que no, porque nunca he oído hablar de él, ni he encontrado ningún otro escrito suyo más que la biografía de Zorrilla, que es excelente; pero si acaso vive, ya la guerra de Africa y la guerra de Cuba, emprendidas y sostenidas con gran entusiasmo por motivos de honra y de integridad nacional, y la última guerra carlista comenzada y sostenida principal mente por motivos de Religión, y el movimiento que recientemente produjo en Madrid y en toda España y aun fuera de ella, donde quiera que había españoles emigrados, la noticia del robo de las Carolinas, le habrán convencido de que ni ha muerto la nacionalidad española, ni la moderna civilización, que llaman, ha borrado todavía por entero su antiguo carácter, ni fué el último arranque de españolismo el de la guerra de la independencia.

No, no; y el error del Sr. Obejas nace de haber tomado por España á unos centenares de aventu-

reros que adoptaron las extranjeras novedades políticas, como medio de encaramarse á los destinos del país y vivir y medrar á su costa, nace de haber tomado por españoles á los holgazanes que bullen y gozan en las grandes ciudades, á los cínicos que son extranjeros en su Patria. En el pueblo, en el verdadero pueblo hay todavía fe y adhesión á las instituciones seculares: el pueblo está en verdad muy trabajado por la revolución, pero aún no está corrompido: la gente laboriosa que constituye el nervio y la vida de esta nación, ama todavía su glorioso pasado, y no reniega de la Religión santa que, sobre prometerla eterna felicidad y eterna vida para después de la muerte, aún aquí en este breve tránsito, solemniza y bendice todas sus alegrías y todas sus tristezas, desde la cuna hasta el sepulcro.

Por eso precisamente es Zorrilla el poeta más popular de su tiempo, porque ha cantado lo que el pueblo cree y lo que el pueblo ama.

Cumpliendo el propósito manifestado en la dedicatoria, da principio al tomo segundo con una paráfrasis del *Dies iræ*, titulada *El día sin sol*, en cuya introducción, canta con una gallardía de tono y un lujo de expresión inimitables, la creación del hombre y de la mujer por Dios, la astucia de la serpiente, que tentando el orgullo de la mujer la dice:

«Y á ti te llamarán la criatura...»

y por último, la caida, el pecado, la vergüenza de Adán y la maldición del Altísimo. Después comienza á cantar el juicio final en esta forma:

«Ancho panteón de gente condenada,
Condenado á morir como su gente,
Caerá el mundo en el pozo de la nada
Rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mustia y doliente,
Roto el dogal que al polvo la sujeta,
Al vivo son de la final trompeta.

En el mismo tomo viene poco después otra composición religiosa titulada *La Virgen al pie de la Cruz*, toda ella muy brillante, y alguno de cuyos trozos es quizá lo mejor que tiene Zorrilla como poeta de sentimiento.

El tomo tercero empieza con una *Oda á Roma* de extraordinaria valentía, y contiene otra muy bella composición titulada *La soledad del campo*, que exhala frescuras y aromas de primavera. La titulada *Las hojas secas* es la primera y la más hermosa del tomo cuarto.

El crepúsculo de la tarde y la oda *A un águila*, en el tomo quinto; *Vigilia*, *Gloria y Orgullo*, *Misterio*, *A la luna*, *Fe*, *Ira de Dios*, en el sétimo, todo es bellísimo. La primera parte de *Vigilia* termina con estos cuartetos:

Tierna, amorosa celestial María
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,

Faro infalible que mi rumbo guías
Entre la funa de la mar y el viento;
  Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

El himno á la luna concluye con esta hermosa estrofa:

  ¡Oh, luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

La composición titulada *Fe* termina con esta tierna invocación al Angel de la Guarda:

  Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro,
Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
  Angel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
A la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás.
  Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa,
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentación... etc.

Tal es Zorrilla como poeta lírico: lujoso en la expresión, rico en imágenes, creyente y enamorado en el fondo, fácil y florido en la forma.

Ya se ve, pues, cuán injusta es la moda reciente de tener en poco la poesía de Zorrilla, pretestando que es hojarasca, que no tiene pensamientos filosóficos, que carece de vigor, que tiene incorrecciones... ¡Hojarasca una poesía que es una continua oración, una continua efusión del alma ante la grandeza divina! ¡Qué no tiene pensamientos! Lo que hay es que no los tiene rebuscados como otros poetas de menos inspiración y de más estudio. ¡Qué no tiene vigor! Ni en el himno *Al sol*, de Espronceda, que es de lo más vigoroso que se ha escrito, hay dos versos como estos de Zorrilla en *Gloria y orgullo:*

De un Dios hechura, como Dios concibo,
Tengo aliento de estirpe soberana...

¡Que tiene incorrecciones! ¿No había de tenerlas habiendo escrito cientos de miles de versos? A pesar de esas incorrecciones que el mismo Zorrilla con modestia rara ha confesado y ha exagerado, nadie puede disputarle el cetro de la moderna poesía lírica.

También ha sido poeta dramático. Su potentosa fecundidad debía extenderse á todo, y á su genio verdaderamente superior no podía estarle vedado nada.

La necesidad de sostener á su padre, emigrado en Francia después de concluída la guerra civil, ya que la justicia de los liberales le habían confiscado

brutalmente su hacienda, y el deseo de poder enviarle mayores recursos que los que le producían sus tomos de versos le llevó á escribir, en colaboración de su amigo García Gutiérrez y bajo la dirección de éste, el drama titulado *Juan Dándolo*, y en cuanto se convenció de que podía escribir para el teatro produjo en muy pocos años veintiocho obras de todos los matices del arte dramático, desde la loa hasta la tragedia, en todas las cuales, aun en las menos ajustadas á las reglas escénicas y en las que más descuidada está la perfección artística del conjunto, hay bellezas de primer orden, verdaderos derroches de inspiración y de poesía. Pero hay algunas que se presentan todavía, y seguirán representándose, con aplauso mientras subsista la lengua castellana, como *El zapatero y el rey* (parte segunda) y *Traidor, inconfeso y martir*, sin contar el *Don Juan Tenorio*, tan popular que ya todo el mundo le sabe de memoria.

Pero donde ha llegado Zorrilla á mayor altura que en la dramática y en la lírica es en otro género de poesía mezcla de lírico y épico, creado por él mismo, y casi exclusivamente suyo, en la leyenda.

Desde muy temprano manifestó tendencias á este género, por creerle sin duda el más en armonía con sus cualidades y el más á propósito para sus fines. Ya en el segundo tomo de sus poesías publicó dos de estas leyendas tradicionales, una titulada *Para*

verdades el tiempo y para justicias Dios, y la otra *A buen juez mejor testigo*, que es de entre sus obras una de las que le han dado más justa y merecida fama.

En los demás tomos de poesías líricas intercaló también varias leyendas, siendo una de las mejores *El capitán Montoya;* y más adelante dió á luz sus *Cantos del Trovador*, que son otras seis leyendas, y sus *Vigilias del Estío*, que son tres, y tres más sueltas con los títulos de *El desafío del diablo*, *Un testigo de bronce* y *La azucena silvestre*. En este género de obras es donde Zorrilla despliega más galas poéticas, donde se abandona más á su inspiración y donde más campea su númen. La mejor de todas creo yo que es *Margarita la Tornera*.

En 1849, á los doce años de haber publicado su primer libro, queriendo cumplir el voto que de niño había hecho á la Madre de Dios de ensalzar sus virtudes en cadenciosos versos si le concedía la fama ambicionada, y deseando á la vez reparar el escándalo que creía haber dado por mezclar en sus poesías pensamientos profanos y escenas de amores pintadas con demasiada libertad, hizo un llamamiento á los creyentes diciéndoles:

> Venid á mí los que creeis que existe
> Otro mundo mejor que nuestro mundo,

y comenzó á cantar la vida de la Virgen. Desgraciadamente la muerte de su padre le obligó á suspender esta obra, y los editores buscaron, para

concluirla, otro poeta que no hizo más que poner en verso la prosa del abate Orsini.

Por entonces comenzó también los *Cuentos de un loco* y el poema de *Granada*, que es un verdadero monumento.

Después vivió en el extranjero, y pasó á América, donde le tuvo en grandísimo aprecio el emperador Maximiliano, cuyo desgraciado fin le inspiró *El drama del alma*, poema lleno de bellezas.

Vuelto á España el año de 1866 ha publicado desde entonces el *Album de un loco*, *Los ecos de las montañas*, *La leyenda del Cid*, *El cantar del Romero*, y ha contado noticias de su vida en *Los recuerdos del tiempo viejo.*

No ha intervenido jamás en las riñas de los partidos políticos que se disputan el presupuesto ni se ha afiliado á ninguno, pero siempre ha sido enemigo del liberalismo y del *siglo de las luces* y amigo de la antigua política cristiana.

Él mismo ha condensado sus ideales políticos en esta octava de los *Cuentos de un loco*:

Sin fe no hay libertad, ni luz, ni ciencia:
Para hacer de la tierra un paraíso
No es menester alzar la inteligencia
Mas de lo que el Señor alzarla quiso:
Para dorar del hombre la existencia
Cumplir el Evangelio es lo preciso:
Hermanos para hacer los hemisferios,
Templos son menester, no falansterios.